

# Páginas dispersas de José Bianco (1908-1986)

«**U**n escritor sudamericano que algunas personas conocen en su propio país»: con estas palabras irónicas se definía a sí mismo Pepe Bianco, como le llamaban todos sus amigos, que eran muchos. Lo hacía con una voz cansada y un travieso rayo de luz en los ojos. Con la elegancia desaliñada de un inglés un tanto depistado, este «francés de cultura», como lo había llamado Albert Camus, era en realidad un porteño de alma, un caballero de Buenos Aires, a la vieja usanza. No sólo por ser su padre un jurista destacado, miembro del partido radical, sino por la forma como Bianco se había consustanciado con lo mejor de la cultura argentina, de Sarmiento a Borges, de Groussac a Ezequiel Martínez Estrada, en su hospitalaria universalidad. Bien aferrada, por cierto, a la movilidad de sus inmigrantes, a la vastedad de su paisaje, a las metamorfosis de esa ciudad que Bianco ayudó a fijar en las páginas de sus novelas.

Su breve obra se había convertido en algo legendario, y su enumeración no es demasiado larga:

*La pequeña Gyaros.* Buenos Aires, Viau y Zona, 1932 (Relatos).

*Las ratas.* Buenos Aires, Ediciones Sur, 1943 (Nouvelle).

*Sombras suele vestir.* Buenos Aires, Emecé, «Cuadernos de la Quimera». 1944 (Nouvelle).

*La pérdida del reino.* Buenos Aires, Siglo XXI, 1972 (Novela).

*Ficción y realidad.* Venezuela, Monte Ávila Editores, 1977 (Notas y ensayos).

*Homenaje a Marcel Proust, seguido de otros artículos.* México, UNAM, 1984.

*Páginas de José Bianco seleccionadas por el autor.* Buenos Aires, Editorial Celtia, 1984.

*Ficción y reflexión.* México, Fondo de Cultura Económica, 1988. Antología de sus textos, que incluye entrevistas y cronología.

Poco, quizá, pero suficiente. Este traductor de Henry James había logrado comunicar a su ficción una insondable ambigüedad, y había reservado para sus notas y ensayos una gran claridad. El tono inconfundible de quien hablaba, no desde la trinchera o la cátedra, sino en el coloquio entre amigos. Tertulia o revista de cómplices: Bianco había sido secretario de redacción de *Sur* de 1938 a 1961, de su número 47 a su número 270, y allí modeló, a su gusto, a su buen gusto, una de las mejores revistas del continente.

Rodeado de monstruos sagrados como Victoria Ocampo, Borges y Bioy Casares, sin hablar de Mallea o de las divinidades extranjeras que coleccionaba Victoria, dueña y directora de la revista, Bianco no perdió su voz, que cada día se escucha mejor, y con mayor nitidez. Siempre en un aparente segundo plano ante las estrellas un poco descocadas del *boom*, la ficción de Bianco exige una segunda lectura. Sólo en ella revela sus tesoros. Sus notas, conferencias y ensayos, en cambio, atraen desde el primer momento por el tono de un hombre que, sin desdeñar la seductora coquetería para cautivar al lector, con anécdotas y guiños de complicidad, no por ello pierde la firmeza incuestionable de sus valores liberales, de su defensa democrática de un diálogo justo, en lo social y en lo espiritual. Si había dedicado una buena parte de su sagacidad como lector a obras en francés —sus amados Voltaire, Stendhal, Proust o Benda— o a ingleses y norteamericanos que vertía de modo admirable al español, no por ello dejó de estar alerta, en todo momento, a lo que se escribía en español, de Ortega y Alfonso Reyes a Daniel Moyano y Alejandro Rossi.

Los nacionalistas, que durante tantos años reprocharon a *Sur* su «cosmopolitismo extranjerizante» se sorprenderán con la generosidad, meramente sudamericana, con que Bianco habló y escribió de tantos escritores nuestros; y si los feroces sartriano-marxistas de la crítica comprometida descalificaban la tarea de *Sur* por no haber publicado a Roberto Arlt, la resignada paciencia de Pepe se hacía casi santa, al responder: «... Pero m'hijo, si nunca nos trajo nada», para luego escribir, oh ironía, nada menos que en *Casa de las Américas*, una de las más penetrantes lecturas de Arlt.

Pero Pepe, que disfrutaba tanto, matutinamente y por teléfono, de la política literaria que comentaba con Silvina Ocampo y Enrique Pezzoni cada día, los avatares, insucesos y traspies del mundillo intelectual de Buenos Aires, desde su piso de la calle Juncal, revestido de libros, no forma parte, gracias a Dios, hoy día, de ninguna actualidad. Es apenas parte esencial de la literatura hispanoamericana, de su historia, si ésta se escribiera bien. En todo caso, hay también una buena parte de la obra de Bianco como periodista, conferencista o presentador de libros, sumergida en el limbo de las hemerotecas. En mis tres años de diálogos cotidianos con él en Buenos Aires, de 1983 a 1986, coleccioné algunos de dichos papeles, y luego

de su muerte, Ana María Torres de González, su sobrina y heredera, me entregó otros, para un hipotético volumen que debía compilar para Monte Ávila en Caracas. Aquí están, sin mayores preámbulos. Ya todo lo dijo Borges, al escribir en su momento:

José Bianco es uno de los primeros escritores argentinos y uno de los menos famosos. La explicación es fácil. Bianco no cuidó su fama, esa ruidosa cosa que Shakespeare equiparó a una burbuja y que ahora comparten las marcas de cigarrillos y los políticos. Prefirió la lectura y la escritura de buenos libros, la reflexión, el ejercicio íntegro de la vida y la generosa amistad. Su obra general es parca, ya que la ha pensado y limitado. (...) Como el cristal o como el aire, el estilo de Bianco es invisible. Las palabras, aunque armoniosas, no se interponen entre el autor y los lectores. Este es un modo de afirmar que su estilo es clásico.

Quienes hoy se llaman intelectuales no lo son en verdad, ya que hacen de la inteligencia un oficio casi insolente o un instrumento para la acción. Bianco, que sin duda lo es, jamás hace alarde de esa condición y la maneja con parquedad y prudencia. Pocos hombres de letras he conocido con la sensatez de José Bianco<sup>1</sup>.

Los textos reunidos en este parcial rescate abarcan desde un remotísimo artículo de 1929, aparecido en la revista *Nosotros* y dedicado a Paul Groussac (el francés-argentino que dirigió la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, compuso un libro sobre las Malvinas y destacó, no sólo en la erudición histórica, sino en el manejo de un español rico y expresivo) hasta la presentación de libros de jóvenes autores argentinos, ya en los años 80, como Fernando Sánchez Sorondo y César Aira. En el medio, su conferencia en Harvard, donde Borges y Arlt conviven con Juan José Hernández, el cuentista tucumano, y recuerdos de Julio Cortázar y María Rosa Oliver, que corroboran el gusto, tan compartible, de Bianco por los libros de memorias, por lo cual añadí dos páginas tuyas que alcanzó a corregir, sobre el tema, y que servirían de introducción a un no publicado conjunto de diálogos con Ricardo Piglia. Salvo la felicidad inteligente que produce su lectura, no creo que estos textos requieran de mayores elucidaciones. Como siempre en el caso de Bianco, hablan por sí mismos. Su tono es ya inconfundible. Es el tono, que tanta falta nos hace, del simple lector, inteligente y cálido. Del crítico, en su mejor forma de expresión.

<sup>1</sup> Jorge Luis Borges: *Prólogo a La pérdida del reino*. Barcelona, Ediciones B, 1987, págs. 7-8.

## Juan Gustavo Cobo Borda